

# Kamchatka

Revista de análisis cultural

N.13

## Topografías de la memoria: de usos y costumbres en los espacios de violencia en el nuevo milenio

Coordinadoras: Marisa González de Oleaga  
Carolina Meloni González

# TOPOGRAFÍAS DE LA MEMORIA:

## DE USOS Y COSTUMBRES EN LOS ESPACIOS DE VIOLENCIA EN EL NUEVO MILENIO

KAMCHATKA. REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL 13 (2019)

Monográfico coordinado por MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA Y CAROLINA MELONI

MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA Y CAROLINA MELONI. Topografías de la memoria: de usos y costumbres en los espacios de violencia en el nuevo milenio. 5-9

### 1. EL DEBATE SOBRE LOS LUGARES Y ESPACIOS DE MEMORIA

CHRISTIAN DÜRR. Acusación y terapia: los Gedenkstätten en Alemania y Austria y los sitios de memoria en Argentina. 13-29

ANA GUGLIEMUCCI, LORETO LÓPEZ. Restituir lo político: los lugares de memoria en Argentina, Chile y Colombia. 31-57

LUCIANA MESSINA. Lugares y políticas de la memoria: notas teórico-metodológicas a partir de la experiencia argentina. 59-77

### 2. ESPACIOS DE MEMORIA EN CONTEXTO: EL CASO ARGENTINO

LUDMILA DA SILVA CATELA. Humanidades, un lugar contra el olvido. Etnografía sobre la tradición de las marcas de memoria y la revolución de las palabras en La Plata-Argentina. 79-95

AGUSTINA CINTO. El ex centro clandestino de detención Servicio de Informaciones como lugar de memoria en la ciudad argentina de Rosario: memoria(s) disputada(s) e institucionalización/normalización de las memorias. 97-115

MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA. ¿La memoria en su sitio? El museo de la Escuela Mecánica de la Armada. 117-162

FLORENCIA LARRALDE ARMAS. Cartografiar las marcas: intervenciones, disputas y transgresiones en el Espacio para la Memoria ex ESMA. 163-194

MARIANA EVA TELLO, EMILIANO CARLOS FESSIA. Memorias, olvidos y silencios en las propuestas museográficas en el espacio para la memoria “La Perla”. 195-224

### 3. POLÍTICAS DE LA MEMORIA Y EL OLVIDO EN ESPAÑA

PALOMA AGUILAR FERNÁNDEZ. El primer ciclo de exhumaciones y homenajes a fusilados republicanos en Navarra. 227-269

MARÍA LAURA MARTÍN CHIAPPE. Fosas comunes de mujeres: narrativas de la(s) violencias y lugares de dignificación.	271-297
QUERALT SOLÉ BARJAU, XAVI LÓPEZ SOLER. El Valle de los Caídos como estrategia pétrea para la pervivencia del franquismo.	299-317
4. NARRATIVAS DE LA VIOLENCIA, TESTIMONIOS Y POLÍTICAS DEL DUELO EN LOS ESPACIOS DEL HORROR	
PAMELA COLOMBO. (Des)habitar: la inscripción espacial de la desaparición forzada en la casa.	319-340
CAROLINA MELONI GONZÁLEZ. Fenomenología de un necrolugar. Huella, memoria y trauma en la provincia de Tucumán (Argentina).	341-371
CONSTANZA CATTANEO, EZEQUIEL DEL BEL, SOFIA ALEJANDRA NEDER, BRUNO LUCIO SALVATORE. Las doctrinas militares: la reprisión política en Tucumán, Argentina (1975-1977).	373-394
NIKOLINA ZIDEK. Topografías imaginarias y materialidades sucedáneas: la memoria de Bleiburg en la diáspora croata en Argentina después de la Segunda Guerra Mundial.	395-414
5. ESTÉTICAS, RECONCEPTUALIZACIONES Y REAPROPIACIONES DE LOS LUGARES DEL HORROR: EL CASO CHILENO	
PAULA ALEJANDRA ARRIETA GUTIÉRREZ. Representar la historia. Notas sobre la imagen del bombardeo al Palacio de La Moneda y sus usos simbólicos	417-436
CAROLINA AGUILERA. Conmemoraciones a los caídos en dictadura en lugares marginales de la ciudad. Larga duración y translocación en el Monumento de la Población La Legua, Chile	437-463

Imagen de portada: fotografía de Juan Pablo Sánchez Noli  
(interior del centro de detención clandestina Arsenal Miguel de Azcuénaga).

Diseño de portada: Hernando Gómez Gómez.

# (DES)HABITAR: LA INSCRIPCIÓN ESPACIAL DE LA DESAPARICIÓN FORZADA EN LA CASA

(Un)Dwell: The Spatial Inscription of the Forced Disappearance in the House

PAMELA COLOMBO

UNIVERSITÉ LAVAL (CANADÁ)

pamela.colombo@soc.ulaval.ca <https://orcid.org/0000-0002-3802-9728>

RECIBIDO: 27 DE AGOSTO DE 2018

ACEPTADO: 21 DE FEBRERO DE 2019

**RESUMEN:** Aunque la desaparición forzada de personas suele asociarse con lugares extraños, lejanos e incluso irrepresentables, en Argentina -durante la dictadura militar (1976-1983)- los secuestros se sucedieron, en su gran mayoría, en las mismas casas donde vivían los desaparecidos. En este artículo se explorará cómo se reconfiguraron las dinámicas espacio-temporales del espacio de la casa luego del secuestro. El artículo aborda en un primer lugar las diferentes marcas de violencia que se imprimen sobre el espacio de la casa a partir del momento del secuestro. En la segunda parte, se propone el concepto de (des)habitar para explorar los modos en que se reconfiguró la ocupación del hogar luego del secuestro. En la tercera parte, se trabaja sobre las diferentes capas temporales que atraviesan la casa. En último lugar, se analizan las razones por las cuales incluso antes de que se sucediera el secuestro, las casas donde vivían militantes estaban ya fuera del orden previsto, al acoger en su interior familias “heterogéneas”, espacios “travestidos” y objetos prohibidos.

**PALABRAS CLAVE:** Espacio, Secuestro, Desaparición, Argentina, Dictadura militar.

**ABSTRACT:** Despite that the forced disappearance of people is often associated with strange, distant and even unimaginable spaces, in Argentina -during the military dictatorship (1976-1983)- the kidnappings happened most of the time in the same houses where the disappeared lived. In this article, I will explore how the spatio-temporal dynamics of the house were reconfigured after the kidnapping. The article addresses, in the first part, the different traces leaved in the house after the kidnapping took place. In the second part, I propose the concept of (un)dwell in order to explore the ways in which the occupation of the house was deeply reconfigured. In the third part, I analyze the impact in the temporality of the house. Finally, I examine why, even before the kidnapping, the houses were already out of the “expected” order, hosting “heterogeneous” families, “disguised” spaces and forbidden objects.

**KEYWORDS:** Space, Kidnapping, Disappearance, Argentina, military dictatorship.

Colombo, Pamela.

“(Des)habitar: la inscripción espacial de la desaparición forzada en la casa”.

*Kamchatka. Revista de análisis cultural* 13 (Junio 2019): 319-340.

ISSN: 2340-1869 DOI: 10.7203/KAM.13.12985

TOPOGRAFÍAS DE LA MEMORIA: DE USOS Y COSTUMBRE EN LOS ESPACIOS DE VIOLENCIA EN EL NUEVO

A partir del golpe de Estado dado por el conjunto de las Fuerzas Armadas en Argentina el 24 de marzo de 1976, fue aplicada de manera sistemática la técnica de desaparición forzada de personas articulada principalmente a partir de Centros Clandestinos de Detención distribuidos en todo el territorio, cuyo objetivo principal era “eliminar” los grupos guerrilleros y desarticular los movimientos sociales de tendencia revolucionaria. Pero la desaparición sucede y existe más allá del espacio concentracionario. Dentro de los diferentes espacios-tiempos que constituyen el proceso de la desaparición (espacio-tiempo del secuestro, del traslado, de detención, de muerte y de inhumación clandestina), en este artículo nos centraremos en el inicio de esta serie.

El espacio-tiempo del secuestro es donde el proceso de la desaparición se inscribe inicialmente, es el instante temporal en que la desaparición comienza y es uno de los primeros espacios que la desaparición modificará. Aunque la desaparición forzada de personas suele asociarse con lugares extraños, lejanos e incluso irrepresentables, en Argentina los secuestros con los que se inicia la desaparición –tanto temporal como espacialmente-, sucedieron en su gran mayoría en las mismas casas de los desaparecidos (Maneiro, 2005: 35).

El espacio del secuestro es lo que podríamos denominar un espacio intermedio, que existe en el *in-between* (May 2010). Espacio donde se inicia el mundo de la desaparición pero que a su vez sigue perteneciendo al mundo de la vida cotidiana. El sujeto secuestrado comienza a ser un desaparecido y simultáneamente su familia es forzada a habitar en y con esa ausencia que se inscribe espacial y temporalmente dentro de la casa donde se debe seguir viviendo.

En este artículo nos interesa preguntarnos: ¿Cómo se reconfiguran las dinámicas espacio-temporales que atraviesan y constituyen el espacio de la casa? ¿Cómo hacen los familiares para permanecer viviendo en estos espacios? ¿Cómo se habita una vez que el espacio de lo privado se ve conmovido por la violencia de Estado? ¿Qué temporalidades surcan y constituyen ese espacio? ¿Cómo pensar el vínculo entre el espacio de la casa y el modo en que se habita allí después de la desaparición? ¿cómo designar esta convivencia con la desaparición en el espacio de lo familiar?

Este artículo se basa en una investigación realizada durante 2009 y 2012 en la provincia de Tucumán, donde realicé alrededor de 50 entrevistas con los afectados más directos por la desaparición forzada: familiares de desaparecidos, sobrevivientes de Centros Clandestinos de Detención, militantes de partidos políticos de izquierda y miembros de la guerrilla. Es importante destacar que una gran parte de mis entrevistados continuaban viviendo en la misma casa en donde se había producido el secuestro de su familiar e inclusive su propia desaparición. Por otra parte, los entrevistados fueron quienes eligieron el espacio para realizar la entrevista, en su gran mayoría eligieron su propia casa<sup>1</sup>.

La clase social y el medio urbano o rural son claramente factores determinantes para entender el vínculo con el espacio de la casa. El origen rural o semiurbano de gran parte de mis entrevistados hizo que el paso a la clandestinidad de los militantes fuera en la gran mayoría de los casos casi imposible. Pese la persecución y proscripción de la actividad política, estas personas continuaban militando como podían y permanecían viviendo en sus casas. Lo más frecuente en estos casos fue que todo el núcleo familiar estuviera presente durante el momento del secuestro. La imposibilidad de dejar la casa que había sido marcada por la desaparición habla también de

---

<sup>1</sup> Cuando establecí los encuentros, los entrevistados fueron quienes eligieron el lugar para realizar la entrevista.

una carencia de medios económicos para escapar y poder reinstalarse en otro sitio. El análisis presentado en este artículo se sitúa frente a esta situación de “convivencia forzada” con el espacio de la casa en tanto que lugar del secuestro. El objetivo general de este escrito es comprender los efectos en las prácticas y en los discursos que ha tenido la inscripción espacial de la desaparición en el hogar.

El artículo se desarrollará en cuatro partes. En la primera parte, se explorará las diferentes marcas de violencia que se imprimen sobre el espacio de la casa a partir del momento del secuestro. En la segunda parte, se propondrá el concepto de (des)habitar para explorar los modos en que se reconfigura la ocupación del espacio luego del secuestro. En la tercera parte, se trabajará sobre las diferentes capas temporales que atraviesan el espacio de la casa. En la cuarta parte, se analizarán las razones por las cuales incluso antes de que se sucediera el secuestro, las casas donde vivían militantes estaban ya fuera del orden esperado, al acoger en su interior familias “heterogéneas”, espacios “travestidos” y objetos prohibidos.

## I. MARCAR LA CASA

Al grupo que se encargaba de llevar a cabo los secuestros se lo denominaba la “patota”. Según describe Pilar Calveiro, a la patota se le daba una orden precisa de la persona que debía secuestrar y el lugar donde la encontrarían. Los secuestros se caracterizaban por la asimetría de fuerzas: “por lo general realizaban tristes secuestros en los que, entre cuatro, seis u ocho hombres armados ‘reducían’ a uno, rodeándolo sin posibilidad de defensa y apaleándolo de inmediato para evitar todo riesgo, al más puro estilo de una auténtica patota” (2001: 34-35). La patota irrumpía dentro de las casas y los familiares -subyugados de manera violenta- presenciaban el secuestro. Una sobreviviente relata que a ella la secuestran en su propia casa:

donde vivo actualmente, donde viví casi siempre. Fue a la madrugada, a las cinco menos cuarto de la madrugada, que yo recuerde, hay cosas que se me han olvidado, pero hay cosas que recuerdo: que fueron dos o tres autos, o un auto y dos camionetas, una cosa por el estilo. Bueno, ahí me sacan y me acuerdo que mi mamá pobrecita toda espantada, decía ‘¿adónde la llevan? ¿adónde la llevan?’(E14c<sup>2</sup>)<sup>3</sup>.

A partir de su trabajo etnográfico, da Silva Catela señala que los familiares suelen describir a su desaparecido en el momento en que éste sufre el secuestro resaltando su indefensión ante esa violencia inesperada, refiriendo a situaciones como la desprotección de sus cuerpos, que iba aparejada a la misma “violación de la casa” que se materializaba, por ejemplo, a partir de robos (2002: 108). A diferencia de otros posibles lugares de secuestro -como ser la vía pública-, en la casa las marcas permanecerán en el ámbito de lo cotidiano y familiar de manera directa. Será así como la casa -ese lugar fuertemente asociado a ideas tales como “refugio” o “mundo de lo privado”- se llenará de continuidades y estelas del mundo desaparecedor.

---

<sup>2</sup> Por cuestiones de privacidad y seguridad, se estableció un pacto de confidencialidad con cada uno de los entrevistados. Los nombres de las personas entrevistadas fueron anonimizados, en su lugar se indica el número de la entrevista.

<sup>3</sup> Sobreviviente y militante de Montoneros. Ha estado desaparecida en un CCD en Tucumán y fue presa política durante la última dictadura. Octubre de 2010, Ciudad de San Miguel de Tucumán.

El espacio del secuestro forma parte de la constelación de la desaparición, pero no por ello deja de ser un espacio inserto dentro de la continuidad propia de la vida cotidiana. Gran parte de las personas que entrevisté siguieron viviendo en la misma casa donde se produjo el secuestro: “Y ahora en el terreno ese [*de la casa de su hermano desaparecido*] está un hijo mío viviendo, él ha hecho su casa ahí” (E24)<sup>4</sup>. El espacio de la casa queda conmovido para siempre, y la descendencia hereda espacios marcados por la violencia de Estado. Pero, ¿cómo se heredan estos espacios? ¿Qué resto del acontecimiento quedará impregnado en sus paredes? ¿Qué se transmite en la materialidad de la casa de esa violencia vivida?

La casa suele ser el último lugar donde vieron a su familiar con vida, espacio al mismo tiempo lleno de rastros materiales de lo que supuso el secuestro: “De aquí los han venido a llevar a los muchachos (...) y se han tiroteado con el ejército. Les han baleado la casa, pero lo mismo los han sacado (E24)”. Las casas quedan marcadas por el secuestro. Los que sobreviven y permanecen allí deberán lidiar con esta nueva situación y reinventar su vida cotidiana con y a partir de esas marcas de violencia. Hay familias que por temor abandonaron sus casas, otras que volvieron tiempo después, la mayoría sin embargo permaneció. La posibilidad de que en cualquier momento pudieran entrar a la casa los militares o la policía era un miedo latente, inclusive luego de que ya se hubiera producido el secuestro. La amenaza de una nueva incursión violenta dentro del hogar se mezclaba con el anhelo de otra irrupción: con la posibilidad de que el desaparecido regrese. El hecho de permanecer en la casa sucede en la tensión entre sufrir el estigma de los vecinos y las posibles requisas de las Fuerzas Armadas junto el anhelo de que el desaparecido reaparezca allí, en el lugar de referencia por antonomasia: la casa propia.

Mientras tenía lugar el secuestro, con frecuencia se producían también robos: “[*Los militares*] recorrían la calle, andaban en helicóptero, hasta de noche andaban. Entraban en las casas, te entraban en las casas, requisaban, hacían desastre, más venían a robar que a lo que buscaban ellos” (E24). La casa queda marcada materialmente tras el secuestro -puertas rotas, agujeros de balas, objetos destrozados-, y el robo intenta vaciarla de marcas y objetos personales. En el trabajo *Environments of memory*, Hockey, Penhale, Sibley (2007) muestran como los objetos personales que sobreviven la muerte de algún familiar pueden llegar a adoptar agencia y proveer una mediación emocional que organice y ayude en la readaptación de la vida de los deudos. Si con el secuestro se abre la duda interminable sobre el destino final del sujeto, los robos despojan a los familiares de objetos personales que podrían ayudar a vehicular un posible duelo. Los robos mueven de lugar los objetos personales, éstos son desplazados -“trasladados”- a espacios donde no deberían estar. Una sobreviviente de varios CCD en Tucumán me cuenta que: “a mí me levantaron toda la casa que yo tenía en el ingenio, la prefabricada, todo lo que yo tenía adentro, la ropa, todo, todo, todo, lo levantaron ellos y se lo llevaron, o sea, botín de guerra” (E10)<sup>5</sup>. Muchas de las cosas que se robaron de su casa terminarían en el CCD donde ella estaba secuestrada: “veo una chica que pasa con mi pijama, yo tenía un pijama celeste con lunares blancos, la vi... mi heladera estaba ahí, en la Jefatura<sup>6</sup>. Mi heladera tenía -viste que cada uno sabe cuál es el ruidito

<sup>4</sup> Familiar. Tiene a un hermano desaparecido. Trabajadora del surco. Agosto de 2011, León Rouges.

<sup>5</sup> Sobreviviente, familiar y militante de Montoneros. Tiene a su primer esposo desaparecido. Julio de 2009, Ciudad de San Miguel de Tucumán.

<sup>6</sup> La “Jefatura” es el CCD que funcionó en la Jefatura de Policía en San Miguel de Tucumán.

de su heladera-, vos conocés tus cosas. Me trajeron agua en un determinado momento en una de mis copas” (E10). En el momento del secuestro las Fuerzas Armadas se arrogan potestad sobre los sujetos, las casas y los objetos que hay allí dentro.

Se abre el espacio de lo privado de manera violenta y así inauguran los militares un espacio de desaparición “latente”, que pese a su carácter aparentemente transitorio (sólo duraría en principio lo que dura el secuestro), posee una capacidad de aleccionar que puede ser reactivada una y otra vez luego del evento: “cuántas veces querían ir los milicos a allanar las casas, yo creo que mal contado hemos tenido nosotros catorce veces que han llegado a mi casa. Mi papá ya ha optado por poner una chapa en la puerta del frente, porque todas las vueltas (...) rompían la puerta” (E14a)<sup>7</sup>. Una vez que el secuestro se producía, la casa quedaba “marcada” y quienes la habitaban se veían sometidos al acoso constante de las Fuerzas Armadas o la policía que se presentaban aleatoriamente para “controlar”, para buscar “información”, para saquear lo que quedara o para amedrentarlos para que no buscaran a su familiar. Un hombre cuyo padre continúa desaparecido, me cuenta que a los pocos días de que se produjera el secuestro, cuando él era tan sólo un niño, su abuelo fue a la comisaría:

a preguntar qué sabían de mi papá. (...) A la media hora estaba toda policía y daba vuelta toda la casa, las camas, la ropa, todo tirado. (...) [*mi abuelo*] se fue a hablar también con los militares que ya estaban y también venían los militares y daban vuelta todo. (...) Y bueh pasaba eso, iban a hacer la denuncia, hacer una pregunta, y venían a la casa y [la] daban vuelta... Como para amedrentar a la gente, que no, que no lo busque, que no haga nada (E40)<sup>8</sup>.

La casa no sólo es el escenario del secuestro, sino que es el espacio en el que se alecciona a los que sobreviven y a su entorno. Mientras el estigma sobre la familia y la casa se acrecienta, el aislamiento también. Los entrevistados cuentan que la convivencia con las marcas del secuestro en el espacio de la vida cotidiana, imprimió un estigma sobre la casa y sus habitantes de manera duradera que terminaría por alejar a vecinos y amigos.

El carácter de los arrestos en el caso argentino era clandestino e ilegal, y por eso se habla de ellos como secuestros. Sin embargo, los secuestros también tenían componentes de “espectacularidad”, en el sentido de poner en escena una narrativa determinada que estaba dirigida a un público mucho más amplio que los habitantes de la casa. Allen Feldman (1991) parte del análisis del caso de los arrestos dentro de Irlanda del Norte y señala que éstos:

establecen un cordón sanitario alrededor del sospechoso, de su casa, y alrededor también de la comunidad en la cual esos arrestos tienen lugar. (...) Este cordón sanitario es el Estado en miniatura. (...) Durante los arrestos, las fuerzas de contrainsurgencia esperan que la comunidad evite el acontecimiento, se mantenga fuera de las calles, apague las luces, cierre las persianas y se retire a lo privado (93-94).

La hipótesis de Feldman es que el espectáculo de los arrestos en Irlanda del Norte permite crear un “apéndice” del Estado en el espacio doméstico y comunitario. En el caso argentino, los secuestros ofrecen un “espectáculo” que produce reconfiguraciones en la casa pero que abarcan

<sup>7</sup> Sobreviviente y familiar. Estuvo detenida-desaparecida en diferentes CCD en Tucumán y fue presa política durante la última dictadura. Octubre de 2010, Ciudad de San Miguel de Tucumán.

<sup>8</sup> Familiar. Tiene a su padre desaparecido. Agosto de 2011, Famaillá.



también el espacio de la comunidad en la que el desaparecido y su familia estaban insertos. La violencia tiene un carácter no sólo de “espectacularidad” sino que actúa como una onda expansiva

La casa se transfigura en algo diferente a partir del secuestro, pero no se anula la densidad simbólica que ya cargaba sobre sí ni tampoco anula o inhibe todas las funciones que cumple la casa dentro de la vida cotidiana de los sujetos. La vida cotidiana convive con la muerte irresuelta. La casa es el espacio donde se continua el proceso de esta muerte irresuelta y suspendida, y a la vez es el espacio donde la vida no puede hacer más que continuar, reinventarse. La superposición de diferentes “capas espaciales” se dirime principalmente entre la casa que es espacio del secuestro y al mismo tiempo tiene que ser -seguir siendo, no hay más remedio- el lugar donde se habita. La superposición refiere al modo en que diferentes usos que se le han dado a un mismo lugar durante su historia se acumulan en él. Esta sedimentación de diferentes usos convive con la irrupción de otros nuevos que van emergiendo y hace que el espacio se constituya por y en estas superposiciones. Como señala Henri Lefebvre (1991), el concepto de superposición demuestra que los espacios sociales no se rigen necesariamente bajo las propiedades de la homogeneidad ni de la isotropía: “El espacio social, y especialmente el espacio urbano, emerge en toda su diversidad y con una estructura mucho más parecida a la masa de hojaldre del pastel millojas que a un espacio homogéneo e isotrópico, el espacio clásico de las matemáticas (Euclidianas, Cartesianas)” (1991: 86). El espacio no es algo uniforme en su composición ni tampoco permanece invariable, sino que por el contrario se asemejaría más a una estructura donde diferentes capas se entrecruzan y solapan entre sí. Más adelante, Lefebvre agrega que: “los espacios sociales se interpenetran entre ellos y/o se superimponen uno sobre otro. (...) Las fronteras visibles, como muros o cerramientos en general, dan lugar por su parte a la apariencia de separación entre espacios donde en realidad lo que existe es una ambigua continuidad” (Lefebvre, 1991: 86-87). Al constituirse de manera superpuesta, el espacio social impele a realizar un análisis donde se tome en cuenta su ser no-lineal y no-cronológico (Colombo, 2011). Cuando el espacio contiene en sí mismo diferentes espacialidades (la casa que es al mismo tiempo espacio de la vida cotidiana y lugar del secuestro), puede pensarse como no-lineal. Asimismo, el espacio contiene diferentes inscripciones temporales (la temporalidad circular de la vida cotidiana, la temporalidad interrumpida del secuestro, etc), marcas temporales que el espacio conserva y actualiza en diferentes momentos, abriendo así dentro de este espacio una temporalidad que se erige por fuera de la cronología.

Lefebvre aclara que tanto el principio de interpenetración como el de superposición de diferentes espacios sociales son importantes principalmente porque “significa que cada fragmento de espacio sujeto a análisis enmascara no sólo una relación social sino un conjunto de ellas que el análisis podría descubrir” (1991: 88). En el espacio del secuestro, en tanto que espacio social, se puede ver de manera clara su constitución sobre-determinada. A lo largo de este artículo, se analizarán en profundidad diferentes espacios-tiempos que se superponen y se van sedimentando en la casa, su análisis y puesta en relación tiene por objetivo descubrir justamente la red de relaciones que la atraviesan.

## II. DESHABITAR O NUEVOS MODOS DE SER Y ESTAR EN EL ESPACIO DE LA CASA

El concepto de habitar implica que toda relación social se produce en el espacio y es espacial (Harrison, 2007: 628), sin embargo, no todas las formas de habitar son iguales ni son producidas bajo los mismos contextos. En las sociedades occidentales, y particularmente entre sus clases medias, la casa está fuertemente vinculada con el ámbito privado, y con ideas como las de estabilidad, permanencia, refugio, o placer. El espacio de la casa posee una carga emotiva importante y el hecho de que los secuestros se produjeran allí carga al evento y al espacio de un cariz que es necesario explorar.

Gastón Bachelard señala que:

la casa natal ha inscrito en nosotros la jerarquía de las diversas funciones de habitar. Somos el diagrama de las funciones de habitar esa casa y todas las demás casas no son más que variaciones de un tema fundamental. La palabra habito es una palabra demasiado gastada para expresar ese enlace apasionado de nuestro cuerpo que no olvida la casa inolvidable (2012: 45).

¿Qué es lo que hay en ese espacio primario y primero que nos acoge que marcaría ya para siempre el cuerpo y el modo en que éste se mueve en el espacio? ¿De qué manera el espacio de la casa moldea o configura al sujeto? Según el desarrollo de Bachelard, habría un habitar que ha sido aprendido a partir de una experiencia primera y singular de la casa. Esto va aparejado inevitablemente a un proceso de socialización en el cual la casa es representada como la esfera adecuada para el desenvolvimiento del mundo privado, donde al sujeto se le enseña que es allí donde debería encontrar cobijo y seguridad: “La casa es un cuerpo de imágenes que dan al hombre razones o ilusiones de estabilidad” (2012: 48).

El conjunto de representaciones asociadas a la casa ha sido socialmente construido, y esto implica que no en todas las sociedades ni en todos los momentos históricos la casa estuvo vinculada a estos significados. Sin embargo, éstos se han “naturalizado” de tal modo que incluso los mismos investigadores en ciencias sociales llamativamente al analizar el vínculo entre los sujetos y sus casas refirieron obsesivamente a esta experiencia singular del hogar. Reflexionar sobre nuevas formas de experimentar y concebir el espacio de la casa nos fuerza a romper con el vínculo directo y aconflictivo que se presupone entre el sujeto y su modo de habitar. Yael Navaro-Yashin (2012) precisa en relación a los desarrollos de Bachelard que éste presenta como universal un modo de habitar la casa que es propio de una sociedad y de un estrato socio-económico particular. La idea de habitar se carga así de un significado específico asociado a lo fijo-lo permanente, lo propio-privado, y lo familiar.

Para dar cuenta de este nuevo modo de habitar dentro de la casa conmovida por la desaparición, propongo el concepto de (des)habitar para hacer referencia al modo de ser y estar en la casa que se inaugura a partir del secuestro y la desaparición de la persona que vivía antes allí. (Des)habitar no es lo mismo que el verbo deshabitar que según el diccionario de la Real Academia Española en su primera acepción refiere a “dejar de vivir en un lugar o casa” y en su segunda acepción “dejar sin habitantes una población o un territorio”. Aquí no sucede ni una cosa ni la otra de manera acabada, sino que se continúa viviendo en el mismo lugar, pero de manera dislocada, des-esperada. El desafío consiste en pensar cómo se habita un espacio de

desaparición. El concepto de (des)habitar permitirá pensar el modo de ocupar un espacio vaciado-marcado-modificado por una ausencia prolongada al infinito. Una ausencia sin certezas, pero a la vez una ausencia que se imagina como retornando todo el tiempo. (Des)habitar da cuenta del carácter ambivalente que supone el vivir en un lugar junto con lo ausente, ocupar un lugar y simultáneamente habitar con la falta, con quién falta y con lo que falta. Vivir con lo que ya no está pero que no termina de irse. Si la figura del desaparecido marca el lugar del entre, de la semi-presencia, en ese modo de no estar muerto ni vivo sino des-aparecido; el concepto de (des)habitar problematiza el modo de estar en el espacio junto con esas semi-presencias.

Una de mis entrevistadas señala que para ella habitar el espacio donde ocurrió su secuestro es prácticamente imposible. Si lo hace, lo hace a la fuerza, pero de manera alterada: de noche permanece despierta, atenta, alerta. Treinta años después, el modo en que ella habita en ese espacio sigue estando alterado:

Ahora, (...) yo a la casa de mi papá donde yo vivía, donde a mí me detienen, yo hasta hoy no puedo dormir en esa casa. Debo haber dormido una siesta. (...) No podía dormir, por Dios. (...) Yo dormía de día afuera. De noche me paseaba toda la noche, paseaba un tiempo. (...) Eso me pasó un montón de tiempo. Yo en la casa de mi papá donde vive mi hermano ahora, yo no me puedo quedar, yo tengo presente todavía todo (E14a).

Prácticas espaciales contemporáneas en donde aún se perciben los efectos del evento traumático que alteran tanto el espacio de la vida cotidiana como a los sujetos que lo habitan. El evento del secuestro quedó inscrito en el núcleo de lo privado y en la materialidad de la casa, transfigurando así el espacio “familiar” en algo inquietante, “*unheimlich*”. Lo siniestro aquí refiere principalmente al modo en que lo familiar y lo ominoso cohabitan en un mismo lugar y tiempo, y no a la idea de algo reprimido que vuelve, como señalara Freud (2003). Trigg (2012) hace una precisión interesante en relación al efecto desconcertante de lo siniestro: “Lo siniestro nos deja en un estado de inquietud precisamente porque no tenemos el esquema conceptual para poner lo siniestro en su ‘lugar’ correcto” (28). Luego agrega: “Después de todo, para Freud, la conjunción de lo ‘heimlich’ y lo ‘unheimlich’ no está falta de ambigüedad, pero pertenece a dos conjuntos de ideas, que no son contradictorias entre sí, pero sí muy diferentes: una refiere a lo que es familiar y comfortable, la otra refiere a lo que se mantiene encubierto y escondido” (33-34). La novedad del carácter espacial de lo siniestro radica en su acontecer desconcertante que se experimenta de manera superpuesta y solapada con el espacio de lo familiar.

Basando su análisis en las casas chipriotas que los turcos habitan luego de producida la ocupación<sup>9</sup>, Navaro-Yashin propone que: “más que ser la contraparte de lo ‘hogareño’, lo siniestro es un aspecto de la casa” (184). La autora estudia la convivencia con esas ausencias incómodas que nunca se terminan de ir:

En la casa chipriota, lo siniestro no es algo a ser ‘excavado’ sino que está allí al ‘aire libre’, para que todos lo vean. Lo siniestro, más que ser un espíritu o un fantasma, es táctil y evidente: puede ser agarrado, tocado, usado, uno se puede sentar en él, dormir sobre él.

<sup>9</sup> Asimismo, es necesario dar cuenta de que, dadas las particularidades de las casas que analiza Navaro-Yashin, su trabajo se focaliza en analizar lo que los nuevos habitantes suponen, temen e imaginan que ha pasado allí antes. En el caso que yo estudio hay continuidad, es decir, no se habita la casa sólo luego del evento traumático sino antes, durante y después.

Lo siniestro es una experiencia fundacional del ámbito doméstico que fue expropiado en Chipre (191).

Lo siniestro es palpable, está ahí a la vista y todos conviven con ello. Inclusive, puede volverse parte constitutiva de ciertas políticas de estado: “lo siniestro no emerge *sui generis*. Por el contrario, lo siniestro es una forma legal y política. (...) la política y las leyes son también generadoras de sensaciones siniestras. (...) Aquí he desarrollado el concepto de lo siniestro legal [*the legal uncanny*]” (199). El concepto de Freud ha sido completamente corrido de su adscripción a la psique subjetiva para llevarlo al plano de lo político: habitar con lo siniestro puede ser parte de una política de Estado. La emergencia de miles de espacios del secuestro en todo el territorio nacional argentino bien puede ser pensado bajo esta idea.

### III. LA CASA Y LA TEMPORALIDAD DE LA DESAPARICIÓN

Los modos de (des)habitar después del secuestro existen no sólo asociados a la dimensión espacial sino también a la temporal. Intentar comprender qué tiempos atraviesan el espacio o qué tiempos conmueven al sujeto, permite comprender qué tipo de acciones es posible imaginar y/o proyectar en el espacio. Los usos del tiempo, y por lo tanto también las formas en que se representa el tiempo y sus posibles usos, dan marco a las acciones de los sujetos.

La vida cotidiana se estructura mayormente sobre narrativas cíclicas y lineales (Zerubavel 2003, Adam 1995). En la casa hay un tiempo y un espacio para comer (el mediodía, la cocina); hay un tiempo y un espacio para dormir (la noche, el cuarto); hay un tiempo y un espacio para asearse (la mañana, el baño). Aunque claramente en cada día haya pequeños cambios, el tiempo cíclico organiza los usos del espacio en la vida cotidiana. Inclusive gran parte de las variaciones en los usos de estos espacios-tiempos se repiten cíclicamente (por ejemplo, el momento de dispersión suele circunscribirse al fin de semana). A su vez, hay también una temporalidad lineal y cronológica que organiza la vida cotidiana: la vida biológica avanza, se “mueve” hacia adelante, se cumplen años, se pasa del colegio a la universidad, se producen nacimientos y defunciones.

El evento del secuestro altera el tiempo de la vida cotidiana de manera radical, inaugurando al menos dos nuevas temporalidades. El crimen de la desaparición forzada de personas tiene la particularidad de ser un crimen que aún hoy sigue cometiéndose en la medida en que los cuerpos siguen desaparecidos: el evento de la desaparición no sólo tiene lugar en el pasado, sino que se perpetúa aún en el presente. La desaparición se inscribe así dentro de una temporalidad lineal que estaría dada por la continuidad del crimen de la desaparición que se materializa en un tiempo cronológico. Esta linealidad temporal es un *continuum* que a la vez no deja de ser la repetición de lo mismo: el hecho de que ya no están, de que están desaparecidos, de que el crimen continúa cometiéndose días tras día. Hablar de linealidad como sucesión de instantes puntuales no invalida el hecho de hablar conjuntamente de repetición. El tiempo continuo, homogéneo y vacío es llenado, justamente, por la repetición: convirtiendo esta temporalidad lineal en un eterno presente de lo “siempre igual” (Benjamin, 1991).

Hay también, una temporalidad detenida, que refiere al evento traumático de la desaparición. El desaparecido, como si fuera una imagen detenida del momento mismo de la desaparición, es narrado en y desde ese espacio/tiempo suspendido (Gatti, 2011). Esta

temporalidad detenida muestra que hubo y que hay un corte. Señala que hay un antes y un después de la desaparición. La detención da cuenta de una pérdida irreparable, del hecho de que ese pasado que fue violentamente truncado está irremediamente perdido. Se ha interrumpido violentamente una vida, un proyecto, un tipo específico de relación social. Lo que venga después será necesariamente algo distinto. La detención es pura pérdida.

La casa queda atravesada por múltiples temporalidades: la temporalidad propia de la vida cotidiana (temporalidad cronológica que sigue su curso), la temporalidad del secuestro (que mayormente aparece como asociada a una temporalidad suspendida), la temporalidad del crimen de la desaparición (como la repetición de instantes puntuales e iguales: el sujeto siempre desaparecido), la temporalidad de la espera de la reaparición del desaparecido... Estas temporalidades existen en tanto hay un espacio y este espacio se transforma allí donde estas temporalidades emergen.

Me detendré aquí a reflexionar sobre la temporalidad de la suspensión y la espera. El momento de inflexión es el de la desaparición, lo que provoca la detención en ese instante y no en otro es que hubo y hay un corte. Es un espacio/tiempo que señala un antes y un después. La detención que se produce en ese momento y no en otro, da cuenta de que allí aconteció una pérdida irreparable, da cuenta de que ese pasado que fue violentamente truncado está irremediamente perdido. El después -claro está- acontece, pero será necesariamente algo distinto. La temporalidad se detiene también para los familiares y allegados del desaparecido como pérdida y como marca de inscripción del trauma.

El acontecimiento de la desaparición introduce una cesura en el espacio-tiempo de la casa. Esta cesura abre otro tiempo: el de la espera del regreso, de que vuelva o que devuelvan el cuerpo. Imaginar que el desaparecido podría regresar en cualquier momento sostiene la suspensión temporal. A este respecto, Hamber y Wilson (2012) dicen:

en Argentina la ‘momificación’ tomó proporciones epidémicas luego de las desapariciones, los cuartos y oficinas de los desaparecidos fueron conservados como estaban en el momento de la desaparición, mientras que los vivos esperaban su regreso. (...) Ambos, sobrevivientes y muertos, habitan un espacio liminal (social y simbólicamente hablando). Ambos son parte de la sociedad, pero simultáneamente han sido eliminados de ella (40).

Los desaparecidos continúan siendo parte del espacio, pero de otra manera: para Hamber y Wilson la detención temporal provocada por el evento traumático se produce junto con la “momificación” del espacio. El tiempo se detiene y junto con él, también el espacio. Un hombre cuyo padre está desaparecido, dice: “Yo recuerdo... la ropa de él que quedó en la casa, su documento, su pantalón, su camisa, calzado, quedó guardado, se guardó en un ropero y estuvo esperando que él vuelva” (E40). Los objetos mismos esperan a que el desaparecido regrese. Los objetos marcan la ausencia y la espera, y marcan también lo que ya no está pero que continúa siendo aquello sobre lo que los que sobreviven se “midan”: “Y a veces yo abría el ropero, miraba la ropa de él, y veía lo grande que era, que me quedaba. (...) me ponía sus zapatos, él calzaba 43 y yo hoy llego a calzar 41... cuando era chico yo pensaba que algún día iba a usar sus zapatos” (E40). Esa vida que no se termina de ir, se mal imprime también sobre los objetos que refractan vidas a medias:

Y son cosas que han quedado en la memoria. Y después ya por el bien de la salud de mi abuela, uno se deshizo de la ropa, del calzado... uno veía eso y lloraba. Él tenía su bicicleta, se vendió la bicicleta... Todo lo que él tenía, todo, todo, porque causaba mucho dolor, algo como que no se podía soportar. O sea, a un nivel que hoy por hoy, hoy si vos me preguntas lo estoy sintiendo (E40).

La desaparición no sólo inmoviliza-detiene la historia en ese momento en que se sucede el evento, sino también detiene la movilidad “normal” de los sujetos (y de los objetos) y la suspende a la espera del regreso del desaparecido. Esta suspensión-detención sucede dentro de un espacio que ha sido desajustado: la casa que espera y la casa donde se espera (y desespera).

El (des)habitar la casa después del secuestro fuerza a los que allí viven a detenerse. A diferencia de la muerte -que detiene el espacio-tiempo del cuarto del difunto, por ejemplo-, con la desaparición todo esto cobra una dimensión diferente. Hay un sentir culpa por avanzar, por modificar el estado de objetos, pero también de los vínculos dentro de la casa. Una sobreviviente, cuyo marido continúa desaparecido, dice:

Y mi expectativa era que él volvía, es decir, yo creía hasta último momento, hasta el 83', hasta que asumió Alfonsín y pasó un tiempo, yo estaba segura que él volvía. Yo no podía reconstruir una pareja porque no podía, porque era como que lo vivía como una traición, y todo giraba en torno a que él volvía, o sea la ilusión de que él iba a volver (E10).

Frente a la posibilidad de que el desaparecido vuelva y encuentre su mundo cambiado, la detención suele ser la temporalidad que lo tiñe todo. Da Silva Catela señala “la importancia de mantener los lugares conocidos por el familiar antes del secuestro o que la casa nunca quede sola, marca el punto más alto de la ‘espera’ constante” (2002: 115). Seguir viviendo en la casa donde se produjo el secuestro es seguir “actuando” no sólo la espera sino también el momento de temporalidad suspendida que se abre con el secuestro. En gran medida esta espera, asociada a permanecer en la misma casa donde el secuestro se produjo, se aúna con la ilusión del regreso del desaparecido y con el miedo de que si se mueven de ese lugar el desaparecido no los encontrará. Hay que inventar una ruptura allí donde “naturalmente” no existió. La misma entrevistada continúa diciendo:

Y me costó muchísimo (...) lidiar con un fantasma que es el otro, que es una pareja que fue muy fuerte, porque no es que haya habido algún desgaste en tu relación, sino que es algo que vos no... y ni siquiera lo viste muerto y todo eso. Eso creo que es lo más, pero lo más jodido que te puede pasar, porque no lo terminás de elaborar, ahora a esta altura sí, pero... fue una cosa así como que vivís en función de que va a venir (E10).

Vivir en función de la espera, vivir en la espera y por la espera. ¿Cómo continuar si la persona que ya no está en verdad nunca se terminó de ir? ¿Cómo rehacer la vida personal si la vida previa a la desaparición no termina de irse?

El desaparecido no vuelve, pero se lo imagina viviendo en otros lugares:

me ilusionaba que en algún lugar del sur [*podía estar él*]... iba a los adivinos, toda la gente esa, y te decían sí, después otra me decía no, está viviendo con otra, y qué sé yo, te tragabas cualquier cosa así, de lo que venía te agarrabas (...) capaz que tenga hijos, fantaseaba con ese tipo de cosas, de pensar de que en una de esas... pero jamás pensaba

que no iba a volver, la verdad que no pensaba que... que él esté muerto, durante mucho, mucho tiempo (E10).

Imaginar la posibilidad de un retorno, aunque ya haya pasado demasiado tiempo. La posibilidad del regreso a veces opera como una “condena” a permanecer esperando. El hecho de avanzar, cambiar los vínculos -casarse con otras personas, tener hijos con otras personas- significa de algún modo marcar la muerte del desaparecido, al menos en el espacio<sup>10</sup>.

Otra sobreviviente me cuenta que cuando decidió volver a formar pareja, sus allegados le decían “¿Qué vas a hacer si aparece?”, “A mí me lo plantea hasta... siempre. A mí me lo planteaban (...) Es horrible, es horrible. (...) Si a mí me planteaban todo el mundo, hasta mi propia madre me lo planteaba” (E14b)<sup>11</sup>. La ficción del regreso -que en cierta medida apacigua la desazón que deja la desaparición- puede volverse también amenaza, obligación de esperar, escarmiento para aquél que continúa con su vida, que modifica el espacio suspendido. La persona que continua rompería de alguna manera la posibilidad del regreso, aunque se sepa imposible.

Esta misma mujer me relató como al volver a su casa -después de años de haber sido presa política- nunca más pudo irse de allí, de esa misma casa donde la habían secuestrado: “está casa es mi cárcel” (E14b). Una segunda cárcel sin dudas, pero diferente y siniestra. La casa o lo que queda de ella, la casa que en tanto materia no puede ser sin sus marcas, la casa violentada en donde se tiene que continuar viviendo, esta casa apacigua la angustia de la ausencia, pero simultáneamente ata a los sujetos a un espacio y a un tiempo que ya no existen como tal. La casa que -como señalaré - puede ser entendida como lugar de recordación o inclusive como tumba sustituta, aquí es sentida también como una especie de cárcel.

La desaparición se inscribe simultáneamente como marca en la casa, pero también en los modos de habitarla en la vida después. Ambas esferas, la que refiere al mundo de la materia y al mundo de las relaciones y prácticas sociales, se ven alteradas por el evento del secuestro. El concepto (des)habitar permite señalar que aquello que el proceso de desaparición “dejaría atrás” -el espacio del secuestro- se vuelve una parte fundamental de la constelación de espacios-tiempos de la desaparición (Colombo, 2017).

La casa conmovida por la desaparición, es a su vez atravesada por otra ausencia: por la tumba que no existe. Esta tumba que no está, que no se tiene, es a su vez la tumba que se imagina y que se asocia con lugares sustitutos. La tumba, ese espacio que debería poner el límite, marcar el fin o poner una separación entre el tiempo-espacio mundano y el tiempo-espacio de la vida póstuma, encuentra muchas veces un sustituto precario en la casa en donde vivía el desaparecido. La casa se vuelve un umbral suspendido entre la vida y la muerte, un espacio que se queda a mitad de camino, pero que permite de manera inestable llevar a cabo pequeños rituales, pequeñas inscripciones de recordación. Un hijo de desaparecidos dice:

mi padre no tiene tumba, yo voy al cementerio y no aparece la tumba de mi padre. Entonces mi padre no está. En mi propia casa, ahí, yo estoy guardando los recuerdos de

<sup>10</sup> Claramente excede los límites de este trabajo y mis propias competencias pensar esto desde la esfera de la psicología, lo que aquí me interesa es pensar los modos en que este proceso se inscribe en el espacio-tiempo.

<sup>11</sup> Sobreviviente y familiar. Tiene a su primer esposo desaparecido. Ha estado desaparecida en varios CCD en Tucumán y fue presa política durante la última dictadura. Octubre de 2010, Ciudad de San Miguel de Tucumán.

él, es como que ahí está todo, ahí ha quedado la tumba de él, en mi casa. (...) Yo he dicho que de esa casa no me desprendo nunca, no es por ambición económica, sino por ambición afectiva (E16)<sup>12</sup>.

Estos pequeños rituales “fuera de lugar” mueven el espacio de la casa y lo hacen entrar dentro de un nuevo orden, o por decirlo de otra manera, le sobreimprimen a la casa un nuevo estrato que refiere sobre todo al espacio de lo sagrado. Cuando una hija de desaparecidos me habla de la casa donde secuestraron a su padre, dice:

me gusta ir, es algo que me tira, que voy, que estoy... Por supuesto está llena de recuerdos y de cosas... Pero trato de ir, lo que yo he dicho que mientras que yo viva jamás voy a vender ahí, nunca. (...) eso no tiene valor en plata para mí pero tiene un valor afectivo (...) por supuesto falta todo, no está mi abuela, no está mi papá, no está mi tío, no está mi otro tío... (E21b)<sup>13</sup>.

La casa/espacio del secuestro es un espacio ambivalente, incómodo, superpuesto, no-lógico. El valor simbólico de la casa se expande con la catástrofe, cobra una densidad que la abre y la hace ser más cosas de las que era inicialmente. La falta, eso que no se tiene pero que se busca de manera desesperada, hace que se exagere el vínculo con lo que había previamente a la desaparición. La casa se cuida y se conserva como si algo de esa persona desaparecida aún subsistiera allí. Lo público y lo privado se trastoca e híbrida, pero también se altera aquello que debería pertenecer ora a la esfera de lo mundano ora a la esfera de lo sagrado. La casa se vuelve muchas más cosas que una “simple casa”: pareciera volverse una especie de cenotafio para un cadáver que no está, que no se tiene, pero que se espera.

La muerte des-espacializada del desaparecido se encarna en lugares que no le son propios y de esta manera la casa hace las veces de espacio-tumba. La tumba es ese espacio “imposible” pero que pese a todo se imagina. Las ritualizaciones en torno a la tumba que falta se recrean muchas veces vinculadas a la casa, que es lo que se tiene, que es lo que han dejado. Aunque no queda claro si la casa es sustituto de la tumba o en parte también de ese cadáver que tampoco se tiene. La casa se erige como objeto material y concreto que, como pocos, conserva una multiplicidad de marcas que se asocian a la vida del desaparecido. Para muchos de los familiares que entrevisté, la casa pareciera funcionar como un cenotafio, un monumento funerario “vacío” que se erige para los muertos cuyo cadáver no se posee.

El hecho de que los familiares se apeguen a la casa como síntesis precaria de una tumba y un cadáver imposibles, puede pensarse como un acto de restitución o al menos de una nueva trans-figuración de la casa. Se introduce así una nueva capa de significación dentro del mundo de lo privado que fue profanado por la violencia de Estado. Hay un acto creativo ahí cuando los familiares hablan de la casa como el espacio-tumba: se inviste a la materialidad de la casa de una nueva densidad. Profanar no es sólo abolir las separaciones sino jugar con ellas y darles un nuevo uso.

La casa está ya totalmente fuera de su sitio, fuera de su tiempo, fuera de su lugar. La casa se ha vuelto muchas cosas, se ha vuelto parte de la constelación de la desaparición, se ha vuelto

---

<sup>12</sup> Familiar. Su padre, que era militante, está desaparecido. Octubre de 2010, Tafi Viejo.

<sup>13</sup> Familiar. Tiene a su padre desaparecido. Agosto de 2011, Monteros.



cárcel, y también cenotafio. La casa ha quedado ya completamente abierta y alterada no sólo con el evento del secuestro sino también con las prácticas espaciales posteriores que desactivan viejos usos y le otorgan otros nuevos. La casa “profanada” por el secuestro es nuevamente “profanada” por sus habitantes al inscribir en su interior usos “fuera de lugar”. En la necesidad de continuar usando ese espacio, aparece simultáneamente su re-utilización y re-significación.

#### IV. LA CASA NO ESTABA EN ORDEN

A la casa donde se sucede el secuestro se la suele analizar como ese espacio supuestamente armonioso que la desaparición altera, desencaja y desancla. La casa aparece inserta dentro de una normalidad que habría sido resquebrajada a partir del acontecimiento traumático del secuestro. Sin embargo, considero que hay que abordar críticamente la idea de una supuesta normalidad de la casa que se alteraría con el evento del secuestro. Las casas donde vivían los militantes –y en especial las casas operativas- son particularmente interesantes porque permiten mostrar cómo las prácticas espaciales dentro de la casa ya estaban alteradas/modificadas con anterioridad al secuestro. Realizar este análisis es significativo no sólo porque cuestiona la idea de un espacio “puro” que se resquebrajaría, sino porque además permite aproximarse al modo diferencial en que el espacio de la casa fue tratado por los militares, dependiendo si allí vivían militantes.

Una parte importante de los militantes de partidos políticos de izquierda, principalmente aquellos pertenecientes a agrupaciones que habían optado por la lucha armada, tuvieron que pasar a la clandestinidad mayormente a partir de 1974. Estos militantes estaban atravesados por una temporalidad diferente que se desprendía de su propia práctica política. Una suerte de temporalidad “pre-revolucionaria” que aparece caracterizada como “acelerada” o “condensada” en su discurso y que remite a las significaciones que estos sujetos asocian a su modo de vivir en aquél periodo. En las entrevistas, los militantes refieren a los años previos a la desaparición como tiempos plenos, densos, intensos. Temporalidad que sin dudas alterará su forma de habitar el espacio y su misma identidad.

En las trayectorias de los militantes políticos que entrevisté se narran generalmente situaciones híbridas de clandestinidad asociadas al hecho de que militar en pueblos o ciudades pequeñas imposibilitaba hacerlo de manera totalmente secreta:

era como muy ambigua la cosa. Sí, porque yo no estaba ya en mi casa, ya no me veían estudiando, ni esto ni aquello, pero de cuando en cuando me aparecía, y como que la puerta estaba abierta para que vuelva... [*a la casa familiar*] cuando me tuve que volver me volví como si nada... estas cosas, ¿no? así que bueno, no era tan clandestino (E08)<sup>14</sup>.

En contraposición a este tipo de situación, las dimensiones de la ciudad -como San Miguel de Tucumán pero sobre todo de Buenos Aires- permitían mejor el paso a la clandestinidad: “se tuvieron que ir a Buenos Aires, la clandestinidad en Buenos Aires era más fácil” (E15)<sup>15</sup>. Con más frecuencia, en la ciudad existía la posibilidad de vivir en una “casa operativa”: casas que

<sup>14</sup> Sobreviviente y militante del PRT-ERP. Estuvo desaparecido en varios CCD en Tucumán. Julio de 2009, Ciudad de San Miguel de Tucumán.

<sup>15</sup> Sobreviviente y familiar. Tiene a sus dos padres desaparecidos. Octubre de 2010, Ciudad de San Miguel de Tucumán.

pertenecían al partido político, camufladas dentro del entramado urbano como una casa “normal”, pero donde dentro vivían personas que continuaban con su práctica militante de manera encubierta.

Para sobrevivir, los militantes tenían que ocultarse, pretender ser otros, camuflarse para pasar desapercibidos en el espacio. Con el paso a la clandestinidad acontece ya un pequeño corrimiento entre cuerpo e identidad. La ficción aparece así como lo que podría salvaguardarlos; por ejemplo, armar un “minuto” convincente podría llegar a salvarles la vida. “El minuto” era el modo que tenían los militantes para referirse al armado de una historia ficticia junto con el “enganche” -otro militante del partido con el que se encontraban-. “El minuto” era la historia que contarían en el caso de que fueran detenidos, le decían así porque por lo general el primer minuto de la cita la empleaban en organizar esta narración: cómo te llamás, porqué nos vemos, dónde nos conocimos... Un militante del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) relata como el mantenerse apegado a “su minuto” lo ayudó durante el período en que estuvo detenido-desaparecido: “yo como que me mantuve bastante con ‘el minuto’ que tenía preparado, de que yo laburaba, que estudiaba, y que bueno que alguna vez había andado pintando [*consignas del partido*], pero sólo eso” (E08).

Estas máscaras creadas por y para mantener la clandestinidad muchas veces consistían en alterar señas de identidad que podían ponerlos en peligro: cambiaban el color o el corte de pelo, intentaban modificar acentos que pudieran llamar la atención, cambiaban su nombre por “nombres de guerra”, etc. Este modo alterado en que se constituía la identidad de los sujetos antes de su desaparición permite matizar la afirmación de Gabriel Gatti de que la desaparición rompe ahí donde había plena coincidencia entre sujeto y nombre:

podríamos decir que con la desaparición forzada de personas las cosas que hacen la identidad moderna aparecen a trozos. Estos despedazamientos son tres: el de la alianza de un cuerpo y de un nombre, el de la inserción de ese cuerpo y nombre unidos en una continuidad; el de la inscripción de ese cuerpo y nombre unidos y con historia en el espacio de la comunidad sancionado por el Estado (2011: 66).

El pasaje a la clandestinidad muestra justamente como el desanclaje ya se había comenzado a producir antes, aunque fuera por medios completamente diferentes y con propósitos distintos. En particular, las casas –y no sólo las casas operativas, sino también la gran mayoría de las casas donde vivían los militantes de manera “legal”- ya estaban fuera de los espacios-tiempos de la vida cotidiana. La casa no es un espacio puro que se contaminaría con el secuestro, sino que el espacio de la casa ya había sido alterado-trastocado antes con la inclusión de prácticas espaciales y objetos anómalos.

En el período previo a que comenzaran las desapariciones, las casas solían albergar composiciones familiares que se diferenciaban de la “familia tipo”. Dentro de estas casas los compañeros de militancia criaban hijos de otros compañeros, se armaban vínculos familiares ficticios -de cara al público- y otros nuevos -al interior de la casa-. El tipo de organización interna se asemejaba más a modos comunitarios. Sobre este aspecto Vera Carnovale (2012) señala que:

Ese pequeño espacio [*por la casa operativa*] constituía casi un mundo donde las costumbres y moral de la sociedad burguesa cedían paso obligatoriamente a las normas igualitarias de la sociedad socialista que nacería tras la revolución pero que se podía construir desde el

vamos entre compañeros. Pero en la cotidianidad de la casa no sólo reinaba una nueva organización y una nueva moral: allí circulaba una verdad que fuera de ella era secreto (85).

La casa operativa jugaba con y entre la ambigüedad. De cara al exterior se procuraba aparentar “normalidad”: se armaban historias para contar a los vecinos intentado re-inscribir ese espacio dentro de la normalidad de la vida del barrio.

Una mujer, cuyos padres militaron en la clandestinidad antes de desaparecer, recuerda el caso de compañeros de sus padres que habían pasado a la clandestinidad en Tucumán:

ellos también siempre querían pasar desapercibidos y eran tan alevosos, habían metido una familia de rubios, digamos, en medio de Villa Luján, donde creo que yo soy rubia comparada con mis vecinos. Entonces como que todo el mundo ya les picaba el boleto de (...) es como que todo el mundo sabía, pero había como una especie de simpatía, ¿entendés? (...) todos te cuentan así, como que se querían hacer pasar por una familia que era un matrimonio con otro matrimonio amigo que vivían ahí, y tenían nenitos, y había una señora embarazada, pero me decía que todos se daban cuenta que no trabajaban, básicamente ninguno salía a laburar, no sabían de qué vivían, nunca los visitaba nadie, o sea era muy alevoso (E19)<sup>16</sup>.

Armar historias y espacios para pasar desapercibidos. El intento -no siempre exitoso- de normalizar el espacio de la casa de cara a los vecinos se contraponen con aquello que comienza a gestarse dentro de la casa. El modo de ocupar y estar en el espacio de las casas operativas se diferencia con aquello que se permite fuera. La casa aparentaba ser algo diferente a lo que en verdad era y acogía en su interior aquello que afuera estaba prohibido -como armas o prensa partidaria- pero que allí dentro circulaban libremente.

Un militante de un grupo guerrillero de los 70', me cuenta que, aunque el último tiempo de su militancia ya no vivía “prácticamente” en la casa de sus padres, seguía yendo allí de tanto en tanto y a veces la usaba para guardar cosas del partido:

Y bueno, empiezan a levantar gente por ahí... sabíamos que algunos caían... éramos unos locos de mierda en esa época. Yo me acuerdo que tenía guardado... ¿se puede contar? No sé... Sí, se puede contar. Me acuerdo que tenía guardado un paquetón de fierros [*armas*] ahí, ¿y qué hacía? Lo traía a mi casa a guardarlo, porque no teníamos dónde guardarlo, viste. Y lo saco de mi casa como dos o tres días antes de que me enganchen, ahí nomás, viste. Si caía con los fierros era otra historia viste, bahh no sé lo que hubiera pasado viste... Y un día en una de esas razias llegan a mi casa. Yo me despierto con todos los milicos adentro. Y me levantan (E08).

En este caso la casa estaba “semi-alterada”, sus padres y hermanos seguían con su vida normal mientras que él militaba semiclandestino en Tucumán sin que ellos lo supieran.

Dentro de las casas operativas la circulación de armas o prensa del partido era algo que sucedía de manera abierta, en las otras casas donde los militantes seguían viviendo con su familia el secreto también existía puertas adentro. Muchos militantes optaban por no hablar de su militancia con su familia como una manera de protegerlos por si ellos también “caían” en algún

---

<sup>16</sup> Familiar. Tiene a sus padres desaparecidos. 2009, San Miguel de Tucumán.

momento. Inclusive había parejas que no sabían en que partido militaba su compañero. Existía la idea de que cuanto menos información circulará mejor.

En varias entrevistas con hijos de desaparecidos apareció la mención de que en la casa en la que vivían -que no era una casa operativa necesariamente- sucedían cosas “fuera de lugar”: “a veces en mi casa hacían reuniones políticas” (E16). Otra hija señala:

Si yo te soy sincera, ehh en mi casa se hacían siempre, se hacía en casa de algún este... ellos se llamaban camaradas me entendés, siempre en una casa eran las reuniones de noche, los chicos teníamos que estar aparte de los grandes entonces. A mí no me gustaba, nunca me ha gustado la política y después de lo de mi papá menos (E17)<sup>17</sup>.

Las prácticas espaciales dentro de las casas donde vivían militantes subvertían no sólo la proscripción que pesaba sobre estos partidos políticos, sino que simultáneamente transfiguraban el espacio, las actividades que se desarrollaban allí dentro y así, iban transformando el espacio en otra cosa.

Muchas veces las casas se disfrazaban para aparentar algo que no eran. Las casas solían tener “embutes”: lugares escondidos para ocultar cosas o personas. De este modo se armaban escenografías que intentaban por un lado crear la apariencia de que eso que había allí era un “espacio normal” mientras que dentro se escondía en sus entrañas objetos o actividades prohibidas. En una entrevista colectiva con varios militantes del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), mencionan la creación de estos lugares escondidos. Uno de ellos dice “tuve muchas actividades, también las actividades productivas, laborales, mismo adentro de la parte de lo que sería logística, de todas las construcciones [*Risas*], pero ya no era hacia arriba sino para abajo. Qué sé yo, hacíamos cárceles. (...) las cárceles del pueblo, polígonos, imprentas. (...) Túneles” (E7a). Otro compañero agrega: “Embute, imprenta, las imprentas grandes, polígonos de tiro... Si, él era obrero de la construcción” (E7b). Los espacios son travestidos hacia el exterior. Lugares que aparentan ser espacios de la vida cotidiana pero que en su interior son otra cosa: “enfrente de la panadería funcionaba lo que era la imprenta del ERP, recanuta, pero también todos los vecinos se daban cuenta” (E19). Crear un escondite para aquello que está prohibido. Se lo disfraza, pero al mismo tiempo esto se filtraba al exterior: “todos los vecinos se daban cuenta”.

Inclusive la música que se hacía o escuchaba dentro de esos espacios era diferente. Una mujer cuyo padre está desaparecido y que sus tíos eran militantes del ERP me dice: “E6b- Yo me acuerdo que era chica, y estaba, me juntaba con mis tíos, todos, y me hacían cantar la canción del ERP. E6a- Sí, ya ni me acuerdo yo, porque teníamos una canción, ya ni me acuerdo yo. E6b- Yo si me acuerdo.”. Más adelante en la charla, la hija agrega que lo de cantar las canciones pasaba “allá, en la casa de mi abuela era. Cuando estaban mis tíos, digamos más bien el fin de semana, que se reunían entre ellos, amigos, así entre ellos” (E6b)<sup>18</sup>. Dentro de la casa se escuchan cosas censuradas afuera y circulan objetos prohibidos (armas, publicaciones). Allí también se reinventan los vínculos filiales. Carnovale resalta que estas convivencias diferentes dentro de las casas

---

<sup>17</sup> Familiar. Su padre fue asesinado por la Triple A. Octubre de 2010, Tucumán.

<sup>18</sup> E6a: Familiar. Tiene a su esposo desaparecido. Julio de 2007, Tucumán. / E6b: Familiar. Hija de la entrevistada. Tiene a su padre desaparecido. Julio de 2007, Tucumán.

operativas “establecían un tipo de sociabilidad en la que los compañeros comenzaban a ser también, los amigos, las parejas, las hermanas, la familia” (2012: 85). Se comenzaban a inventar nuevas formas de socialización que sobrepasaban las dinámicas propias de la familia tipo burguesa. Estas familias ampliadas, con hábitos poco convencionales, se les intenta imprimir un velo de normalidad de cara al exterior.

El espacio de la casa y las relaciones sociales que la constituían estaban -en muchos casos- ya alterados antes de que aconteciera la desaparición. El tipo y grado de alteración variaba mucho en cada caso, y por lo general era más exacerbado en las casas operativas. Sin embargo, inclusive dentro de estas casas esa alteración no era total, sino que lo extraordinario coexistía con las escenas de la más rasa normalidad<sup>19</sup>.

Después de la desaparición se exagera y se exagera el vínculo afectivo con la casa, con ese espacio-refugio de una vida “cotidiana” que nunca volverá a ser tal. Del mismo modo, la vida después de la desaparición también se construye intentando reparar y rearmar ahí donde no hay, pero donde tampoco había algo así exactamente antes. La vida después de la desaparición se tensiona todo el tiempo entre un no tener y un tener “precario”.

La casa operativa tenía que estar “fuera del espacio”. Los militantes que habían pasado a la clandestinidad no sólo debían pretender ser otros sino también vivir en una casa que estuviera “en ningún lugar”. Las personas ajenas a esa casa no podían saber su ubicación y por ello llegaban tabicadas. De esta manera, la casa queda desanclada de toda coordenada geográfica: “Dónde vivíamos no tengo idea (...) Una casa operativa de Montoneros, si eso sabían todos los compañeros, pero no sabían dónde” (E19). Pese a la dimensión clandestina de los espacios militantes, y el modo de conseguir que las casas operativas se pierdan en el entramado urbano, estos espacios existen en el recuerdo, aunque sin coordenadas geográficas precisas. Se heredan así espacios que también han desaparecido, que se los busca, pero no se sabe dónde están.

#### A MODO DE CONCLUSIÓN: EL ESPACIO REBELDE QUE HAY QUE DESFIGURAR

Lo que supone como novedad el secuestro es la irrupción de lo catastrófico: el desorden se acentúa, se agrava, disloca todo aún más. Sin embargo, con la catástrofe de la desaparición, tampoco queda más que seguir viviendo, reinventar la vida cotidiana a cualquier costo y como sea. En la casa, ese lugar donde las cosas funcionan casi “por sí solas”, con esa inercia propia de los espacios de la vida cotidiana, la catástrofe fractura. Pero ese espacio continúa siendo una casa, necesita seguir siendo una casa. Esta necesidad de reinventar la cotidianidad a pesar de la catástrofe llega hasta el presente.

En las entrevistas que realicé en las casas donde el secuestro había tenido lugar, las escenas se superponían: tomando mate o almorzando, los entrevistados no sólo recordaban el secuestro, sino que lo señalaban y lo decían con referencias directas al mismo espacio donde estábamos realizando la entrevista. La anormalidad convive con la normalidad en la casa que fue y sigue siendo también un espacio de desaparición. La casa se expande con la catástrofe. La desaparición

---

<sup>19</sup> Agradezco la lectura y las críticas que sobre este tema me ha hecho Pilar Calveiro, que me indicó que no olvidara que “en la casa clandestina también había hogar”.

deja allí una ausencia que nunca se resuelve, y frente a esta falta se altera también el vínculo con dicho espacio.

La organización espacio-temporal interna de una casa es el resultado de la materialización de luchas por estabilizar o destruir determinados significados sociales enarbolados por fuerzas sociales contrapuestas (Harvey, 1996: 230). En el momento previo a la desaparición, el espacio de la casa había comenzado a volverse un campo de batalla, y a ser repensado y reapropiado de diferentes maneras. Si se comprende que la casa operativa era también un espacio en rebeldía, de esta manera se entenderá mejor porque devino el escenario en donde se produjeron los secuestros más violentos.

Pasa que cuando se da el enfrentamiento eso sí se acuerda todo el mundo porque parece que ha sido feroz (...) nosotros más que enfrentamiento nos ha resultado un fusilamiento. Además, ellos se desesperaban, los vecinos, porque sabían que había niños ahí, ¿entendés? Entonces como que ha sido una cosa que no sabían si salir o no salir. Ha quedado como muy fuerte en la imagen ahí. (...) después ha sido toda la secuencia de que han empezado a sacar los cadáveres, incluidos los de los niños, para meterlos en un camión, todo eso ha visto la gente (E19).

A diferencia del escaso interés hasta ahora mostrado en el mundo académico por el espacio de las casas operativas, sí existen muchos trabajos dentro de la esfera del arte. Sólo por nombrar algunas referencias en literatura encontramos *La casa de los conejos* (Alcoba, 2008) y en el cine *Infancia clandestina* (Benjamín Ávila, 2011) o *Los rubios* (Albertina Carri, 2007). En todos estos trabajos la casa operativa aparece como escenario con el que las fuerzas militares se ensañan particularmente.

En las casas operativas los secuestros fueron por lo general resistidos y tuvieron lugar “enfrentamientos” armados. Dado el carácter significativamente violento de estos secuestros, en las entrevistas se suelen referir a estos sucesos con expresiones tales como “hacer mierda” o “reventar” la casa. También se suele decir en estos casos que las casas operativas “caen” –principalmente porque una vez que los militares efectúan allí un secuestro, el partido ya no podrá volver a usar esa casa-. Al “hacer caer” y simultáneamente “hacer mierda” la casa donde vivían los desaparecidos se intenta desarticular todo eso que la casa escondía e implicaba, y que claramente excede a las personas que allí viven. Al “hacer mierda” la casa, al mostrarle sus entrañas, se la vacía, se la disecciona. En una entrevista con una hija de desaparecidos, le pregunto sobre el lugar donde su papá fue desaparecido:

No conozco. (...) Vos sabés que nunca he podido ir, no. Mi hermana sí conoce el lugar, dice que encima tiene la pared todavía con los huecos de los... como que les han metido hasta con bazookas, le han hecho mierda la casa, hasta las marcas siguen estando, pero no, nunca he ido (E19).

El modo diferencial en que las casas operativas fueron tratadas por las fuerzas represivas permite pensar que la técnica de la desaparición forzada de personas no sólo alecciona con y sobre los cuerpos sino también con y sobre los espacios. El espacio de la casa operativa –como espacio contestatario, espacio en rebeldía- es sometido a procesos de reconfiguración extremos. En las casas operativas vemos como el accionar de los militares muestra un particular ensañamiento. El carácter ejemplificador de estas reconfiguraciones espaciales resulta evidente.

Nuevamente las reflexiones que realiza Allen Feldman sobre los arrestos y su funcionalidad social son útiles para pensar el caso argentino: “como forma ritual de constitución de poder (...) el arresto y la interrogación juegan un rol central en la construcción performativa del poder del Estado” (1991: 86). Reparar en el carácter performativo de los arrestos permite situar los secuestros dentro de una lógica similar a la expuesta anteriormente en relación a las políticas de des-territorialización y reconfiguración de los espacios en rebeldía. No sólo se desaparece a algunos sujetos “sospechosos” sino que la presencia de los militares disputa y se re-posiciona en esos espacios donde los grupos armados y partidos de izquierda habían generado simpatías y adhesiones:

las prácticas de búsqueda y captura movilizan el Estado como espectáculo. Como tal, el arresto no sólo constituye una expansión de las esferas de dominación sino también funciona como un ejercicio de auto-recuperación a partir del cual el aparato del estado efectúa su reproducción a través de dichas performances. (...) El arresto como dispositivo performativo reactiva la potencia política del Estado en donde había sido suspendida por el acto ‘terrorista’ (Feldman, 1991: 88-89).

Si la composición espacial puede habilitar determinados tipos de acción e inhibir otros, lo que las Fuerzas Armadas argentinas comprendieron bien era que había que destripar, desmembrar y hacer imposible de imaginar espacios en los que fueran posibles prácticas heterogéneas.

La desaparición forzada de personas no sólo buscó desarticular un tipo de subjetividad díscola (Feierstein, 2007). No fue suficiente con desaparecer al sujeto, sino que conjuntamente hubo que desaparecer los espacios de socialización que posibilitaban ese tipo de relación social diferente. El grado de violencia con el que desfiguraron y reconfiguraron estos espacios en rebeldía es significativo no tanto por una supuesta intencionalidad de los militares, sino por sus efectos de sentido y por el modo en que esta desfiguración del espacio circula luego en el entramado social.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCOBA, Laura (2008). *La casa de los conejos*. Buenos Aires: Edhasa.
- ADAM, Barbara (1995). *Timewatch. The Social Analysis of Time*. Cornwall: Polity Press.
- BACHELARD, Gaston (2012). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BENJAMIN, Walter (1991). *Gesammelte Schriften*. Alemania: Suhrkamp.
- CALVEIRO, Pilar (2001). *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- CARNOVALE, Vera. “Lazos de sangre. Afectividad y totalidad en el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP)”. *Revista digital de la Escuela de Historia* 4 (2012).
- COLOMBO, Pamela. “Espacio y desaparición: los campos de concentración en Argentina”. *Isegoria* 45 (2011): 639-652
- COLOMBO, Pamela (2017). *Espacios de desaparición. Vivir e imaginar los lugares de la violencia estatal (Tucumán, 1975-1983)*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- DA SILVA CATELA, Ludmila (2002). *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de los fa- miliares de desaparecidos*. Buenos Aires: Ediciones Al Margen.
- FEIERSTEIN, Daniel (2007) *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FELDMAN, Allen (1991). *Formation of Violence: The Narrative of the Body and Political Terror in Northern Ireland*. Chicago: The University of Chicago Press.
- FREUD, Sigmund (2003). *The Uncanny*. London: Penguin Books.
- GATTI, Gabriel (2011). *Identidades desaparecidas. Peleas por el sentido de los mundos de la desaparición forzada*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- HAMBER, Brandon, WILSON, Richard. “Symbolic closure through memory, reparation and revenge in post-conflict societies”. *Journal of Human Rights* 1(2002): 35-53.
- HARRISON, Paul. “The space between us: opening remarks on the concept of dwelling”. *Environment and Planning D: Society and Space* 25 (2007): 625-647.
- HARVEY, David (1996). *Justice, Nature & the Geography of Difference*. Cambridge: Blackwell Publishers.
- Hockey, Jenny, Penhale, Bridget y Sibley, David (2007). “Environments of Memory: Home Space, Later Life and Grief”. Davidson, Joyce, Bondi, Liz, Smith, Mick (Eds.). *Emotional Geographies*. Cornwall: Ashgate: 135-146.
- LEFEBVRE, Henri (1991). *The Production of Space* (D. Nicholson-Smith, Trans.). Malasia: Blackwell Publishing.
- MANEIRO, María (2005). *Como el árbol talado. Memorias del genocidio en La Plata, Berisso y Ensenada*. Buenos Aires: Ediciones Al Margen.



- MAY, Jeff. "Zombie geographies and the undead city". *Social & Cultural Geography* 11 (2010): 285-298.
- NAVARO-YASHIN, Yael (2012). *The Make-Believe Space. Affective Geography in a Postwar Polity*. Durham and London: Duke University Press.
- TRIGG, Dylan (2012). *The Memory of Place. A Phenomenology of the Uncanny*. Ohio: Ohio University Press.
- ZERUBAVEL, Eviatar (2003). *Collective Memory and the Social Shape of the Past. Time Maps*. Chicago: The University of Chicago Press.